

El Impostor

La linda señora de Stening abrió el telegrama que poco antes le entregara el criado, y a medida que se enteraba de su contenido, su rostro se tornaba pálido.

—¡Cielos!—exclamó horrorizada.

Al oír esta exclamación, su esposo, Ricardo Stening, financista de renombre, la miró preocupado.

—¿Qué sucede?—Inquirió.

—El señor Overton, nuestro candidato, no puede venir. El insensato ha estado jugando al golf, y se ha recalcado un tobillo. ¡Qué desgracia! ¿Qué haremos ahora?

—¿Y no podríamos encontrar una persona que lo sustituyera?—preguntó el esposo vagamente.

—¿Dónde? ¿Cómo?—volvió a preguntar la señora con energía.—¿Olvidas, Ricardo, que nosotros no conocemos a nadie en el rango social de Lady Alethea?

Pocas semanas antes, gracias a una feliz casualidad, habían encontrado la ocasión de trabar amistad con Lady Alethea y al mismo tiempo ser tolerados por su tía, la señora de Upperton-Gore. Con el objeto de cultivar esta nueva relación habían proyectado una jira en automóvil, eligiendo como acompañante de Lady Alethea al distinguido señor Overton.

—Además—dijo la señora Stening—Overton es un hombre ideal. Actualmente es perseguido y asediado por todas las damas de la alta sociedad, debido a la gran popularidad y éxito que obtuvo con su último libro. ¿Dónde podré encontrar a un hombre capaz de interesar a Lady Alethea?... Yo no sé....

—Es realmente difícil—contestó su esposo.

—Peor que eso—dijo ella.—La señora de Upperton-Gore no permitiría jamás que su sobrina alternara du-

rante cinco días con un hombre que no fuese rico y de buena familia. Overton era nuestra mejor carta; además, Lady Alethea está ansiosa por conocerlo. Y ahora él nos ha fallado. La excursión no puede llevarse a cabo sin él, y para nosotros esto representa el fin del mundo.

Si no hubiese sido porque el tiempo apremiaba le hubiese dado un ataque de nervios, pero en vez de eso se ocupó en telegrafiar a todos los jóvenes de figura-ción que ella conocía, para tratar de encontrar un reemplazante de Overton; pero por desgracia, nadie podía aceptar. Todos aquellos que hubieran podido sustituirlo se habían casado, comprometido, o ausentado al extranjero.

Esta era la situación hasta la tarde antes del día fijado para emprender la jira, cuando la señora Stening fue a tomar el té a una confitería de moda. Ya para entonces, pocas esperanzas le quedaban de conseguir un suplente. Algo más temprano se había dirigido a la casa de Lady Alethea, con el objeto de comunicarle su dilema, pero en vista del entusiasmo de la joven, no se había atrevido a hacerlo.

Lady Alethea le contó que había rechazado una invitación para un baile y una cena, con el solo objeto de no perder el proyectado paseo. También le describió un modelo de traje gris mandado hacer exprofeso para armonizar con el color del coche de los Stening y que sería completamente con un sombrerito del mismo tono.

El resultado fue que la señora de Stening se retiró dejándola en la creencia de que todo marchaba a pedir de boca y consideró que la única salvación era fingir una enfermedad repentina y contagiosa.

Mientras estaba sentada esperando el té, levantó la vista en el preciso momento en que un distinguido joven atravesaba el salón y se sentaba a una mesa frente

a ella. Su cabello oscuro y ondulado, bigote militar, rostro pálido, y de facciones finas, le hizo suponer que era extranjero, austriaco probablemente. No pudo evitar de mirarlo varias veces, pues ella era gran admiradora de lo bello y él, el hombre más hermoso que en su vida había visto. El interesante personaje pidió té, e hizo que sus espléndidos ojos vagaran en torno suyo con una mirada llena de despreocupación. Había muchas personas en el salón, pero parecía no conocer a nadie.

La señora de Stening se preguntaba quién podía ser, cuando de pronto le vino una gran idea. Era como si un diablillo le hubiese dicho estas palabras al oído:

—¿Por qué no pretendes conocerlo, y lo invitas a la excursión? Si es forastero, probablemente, aceptará; y sea lo que fuere, su aspecto es muy distinguido.

De sólo pensarlo, sus mejillas se colorearon; y a no ser por la situación apremiante, nunca hubiese prestado atención a semejante idea. Mientras tanto, el tiempo volaba; si es que iba a hacer algo, debía apresurarse; tendría que convencerlo de que verdaderamente lo conocía. Pero.... ¿en qué forma saludarlo? ¿Cómo lo llamaría?

De pronto se acordó de un nombre. Cuando dos años atrás visitara Felicita, pequeño Estado de Alemania, durante una de sus frecuentes rebeliones, recordaba haber oído de boca en boca el nombre del joven príncipe Federico de Valdínosa. Era oficial y había hecho algo de mucho mérito; no recordaba exactamente lo que era, pero sabía que se trataba de un príncipe austriaco de antiguo linaje; y este joven, tomando té, solo en una cofitería de Londres, debería sentirse orgulloso al ser confundido con tan distinguido personaje.

El corazón de la señora latía fuertemente, cuando decidió aprovechar la oportunidad que se le ofrecía.

—Ahora, cuando cuente tres, le hablaré—se dijo a sí misma, levantándose como para salir del salón.

Fingió gran extrañeza al ver al joven, detúvose sonriente, dió unos pasos hacia adelante. Al verla él, púsose de pie cortesmente. Ahora era demasiado tarde para retroceder, y antes de darse cuenta de lo que hacia, la señora de Stening le estrechaba la mano, al mismo tiempo que exclamaba:

—Cómo está usted, príncipe Valdínosa?... ¿Cuándo regresó de Londres?

Por un instante que le pareció a ella una hora, tembló al solo pensar que él pudiese negarla; pero por más que quedó extrañado por un momento, le contestó en correcto inglés:

—Estoy encantado de verla....—y luégo añadió—nuevamente.

Es indudable que al distinguido caballero no le desagradaba la aventura, porque cuando la señora le dió oportunidad de hablar, él observó que era maravilloso que ella lo recordara.

—¿Por qué? ¿Usted no me hubiese reconocido a mí?—inquirió ella picarescamente.

—¡Oh, por cierto! ¿Puede usted dudarle por un instante, estimada señora?

Sus hermosos ojos brillaban con tanta inteligencia, que la señora de Stening no puso más reparos, y habló claramente.

—Usted es la persona que yo necesitaba ver hoy—dijo impetuosamente.—Mi marido y yo pensamos emprender una excursión en nuestro Packard mañana por la mañana. Será, sin duda alguna, un paseo delicioso, por campos típicamente ingleses, y llevamos con nosotros una encantadora niña, Lady Alethea Winyard, cuya hermosura es reconocida en toda la ciudad. ¿Por

qué no podría usted acompañarnos? Siempre, naturalmente, que no tenga algún compromiso impostergable; el paseo sólo duraría cinco días.

El joven vaciló un instante, lo cual alarmó un tanto a la señora, y para no dejarle tiempo de reflexionar, sacando un retrato de la cartera, se lo mostró diciendo con fingida despreocupación:

—Esta es Lady Alethea. ¿Verdad que es bonita?

La cara del joven demostró gran admiración al contemplarla.

—Es más que bonita—contestó;—es hermosa.

—Y es tan buena como bella—argumentó la señora con entusiasmo.—¿Por qué no nos acompaña, príncipe? Le aseguro que mi esposo estaría encantado.

—Como he venido por negocios, hubiese preferido que mi presencia no hubiese sido notada en Londres, pero usted es tan amable, que tendré sumo placer en aceptar su invitación.

La joven señora a duras penas podía mantenerse seria, al pensar que él ni siquiera sabía su nombre, y que no se atrevía a preguntárselo por temor de descubrirse. Tan agradecida le estaba, que no quiso dejarlo más en la duda, y alargándole su tarjeta le dijo:

—Aquí tiene usted mi dirección. Pensamos ponernos en camino a las diez, así es que el desayuno será a las nueve. Lady Alethea estará a esa hora y espero que usted tampoco faltará.

—Le prometo ser puntual—contestó él con gravedad.

Y pocos momentos después se separaban.

Apenas llegó a su domicilio, la señora de Stening escribió unas líneas a Lady Alethea; ahora que había asegurado la compañía del príncipe, no vaciló en comunicarle que el señor Overton no podía acompañarlos,

y al mismo tiempo le dió breves detalles de las cualidades del nuevo invitado, hablando de su brillante actuación durante la revolución de Felicita, pero aconsejándole que no la mencionara, pues él era un héroe muy modesto.

No bien el señor Stening hubo llegado, preguntó:—¿Y...? ¿Conseguiste nuestro hombre?

—¡Ya lo creo!—exclamó su esposa.—¿A quién crees que he invitado?

—¿No será el príncipe de Gales?...—dijo el señor Stening en tono de broma.

—¡No, tonto! Pero, a pesar de eso, he conseguido un personaje real. El príncipe Federico de Valdinosa.

—¿El príncipe Federico de Valdinosa?—exclamó su esposa.—¿Y quién demonios es?

La señora procedió a explicarle, describiéndole el encuentro en la confitería, pretendiendo todo el tiempo que ella realmente conocía al príncipe, y terminó implorándole que por el bien de Lady Alethea no le hiciese más preguntas.

A las nueve menos cuarto la señora estaba ya lista. Había pasado una noche intranquila; ahora estaba pensando qué excusa ofrecer a Lady Alethea si el interesante impostor no aparecía. No obstante, sus temores eran infundados, pues al dar las nueve distinguió dos automóviles que se detenían ante su mansión. De uno de ellos saltó un chauffeur y abrió la portezuela para que Lady Alethea descendiese, mientras del otro bajó el invitado, más arrogante que nunca, en su traje de viaje de un gris claro, elegantísimo, el color exacto del coche de los Stening.

Cierta vacilación se apoderó de la señora de Stening al hacer la presentación entre el príncipe Federico y Lady Alethea, pero una vez pasado el momento

embarazoso, le pareció una lástima que él no fuese el príncipe verdadero, pues formaban una encantadora pareja: Alethea, esbelta, rubia, y blanca como una rosa, de ojos verdes, de un mirar profundo y cautivamente; el príncipe, alto, elegante, morocho y de mirada apasionada.

Antes de salir de la casa, la señora de Stening comenzó a sentir cierta intranquilidad, debido a la manera como aquellos ojos se fijaban en Lady Alethea, y al ver que el rubor subía a las mejillas de la hermosa joven al devolver tan tiernas miradas. Nunca había visto a Lady Alethea ruborizarse con tanto candor cuando los hombres fijaban la vista en ella.

El primer día transcurrió muy bien, y la señora se hubiera sentido completamente feliz a no ser por la inquietud que le producía la actitud de Lady Alethea hacia el fingido príncipe.

Casi no pudo dormir esa noche, no obstante tener una confortable habitación en un hotel de primera, y hubiese deseado confiarle el secreto a su esposo, pero eso no lo haría sino en caso extremo.

El segundo día se deslizó agradablemente para todos menos la señora de Stening, torturada por el remordimiento.

A la noche siguiente se detuvieron en Winchester, donde llegaron temprano, y antes de que la señora se diese cuenta de lo que ocurría, Lady Alethea y el príncipe se habían ido a visitar la catedral. Mucho tiempo pasó antes que éstos regresaran, llegando sólo con tiempo de vestirse para la cena.

A pesar de que el programa de viaje incluía un día más, la señora persuadió a su esposo que lo mejor sería regresar a su casa, poniendo como pretexto que se encontraba muy cansada a consecuencia de la larga excursión en automóvil.

El señor Stening y la joven pareja no parecían tener la misma idea, pues decían divertirse mucho y deseaban continuar tan hermoso paseo. No obstante, cedieron ante la insistencia de la señora, y al poco se hallaron los cuatro cómodamente instalados en el automóvil.

Muy contenta se hallaba la señora al pensar que bien pronto terminarían sus congojas, pero no había previsto los contratiempos y demoras que por lo general acechan a los que viajan en automóvil.

Aún no había transcurrido una hora desde su salida de Winchester, cuando el coche empezó a menguar la marcha poco a poco, hasta que al fin, de una manera harto misteriosa, se inmovilizó del todo.

Afortunadamente se hallaban cerca de Farnham que poseía un buen hotel donde podrían descansar cómodamente, y al cual se dirigieron en lugar de continuar el viaje por tren, sujetos a las molestias que esto les ocasionaría.

El comedor del hotel era lujoso y alegre: la señora de Stening recobró algo de su acostumbrado buen humor, después de saborear una opípara cena acompañada de excelentes vinos.

La luna esparcía sus suaves y delicados rayos sobre el jardín, dejando en la sombra una pintoresca alameda en cuya entrada se podían ver dos antiguas estatuas, algo deterioradas por el tiempo.

—¿Qué habrá al final de esta alameda?—preguntó Alethea ingeniosamente.

—Si usted me lo permite, podría acompañarla a averiguarlo—contestó el príncipe.

—Naturalmente que iremos, y estoy segura que nos interesará muchísimo.

Largo rato caminaron por la alameda tibiamente acariciados por la luna, la eterna aliada de los enamo-

rados. Cuando regresaron, la señora se dió cuenta que lo que ella tanto temía había sucedido. Una sola mirada le bastó para convencerse. Y a los pocos minutos, cuando se halló sola con Lady Alethea, ésta le dijo con palabras entrecortadas y ruborizándose de felicidad y emoción:

—Querida señora Stening, el príncipe me ha rogado que sea su esposa.

—¡Santo cielo!—exclamó la desdichada señora.

—¿Qué sucede?—preguntó Alethea.—Cualquiera diría que la noticia la disgusta....

—Disgustarme, no—contestó la señora.—Pero esta noticia es tan repentina, tan inesperada, que yo....

—¿Pero.... no le agrada a usted el príncipe?—inquirió Lady Alethea.—A decir verdad no puedo menos que amarle por su impetuosidad; por su parte, creo que también está muy enamorado y que su cariño durará eternamente, no obstante haberse declarado tan de súbito.

Yo nunca creí que usted pudiese enamorarse tan fácilmente y en un lapso de tiempo tan corto—dijo la señora Stening apesadumbrada.—¿Qué dirá la señora de Upperton-Gore? ¿Cree usted que estará conforme?

—Estoy segura que le encantará la idea de tener una sobrina princesa. ¡Y yo soy tan feliz!....

La pobre señora no replicó, pero, poniéndose de pie, abandonó el salón, segura de que si no salía a tomar un poco de aire se sofocaría a consecuencia del disgusto recibido. Al dirigirse al jardín, se encontró con el príncipe rebozante de júbilo; se dirigía al salón. Al verlo, la señora de Stening le increpó duramente con estas palabras:

—¿Cómo tuvo usted el valor y la audacia de cometer semejante villanía? ¡Y ella, pobre y desdichada niña, confía en usted y lo cree un caballero!

—Espero no perder nunca su confianza—replicó

gravemente el joven.—Pero ¿por qué me reprocha usted después de haber tenido la amabilidad de proponerme tanta dicha?

Ante tal respuesta, la señora se quedó atónita, y después de un momento contestó:

—¿Cómo puede usted decir eso, sabiendo que usted y yo hemos engañado a esa pobre niña? Y le diré ahora que yo desde el primer momento sabía perfectamente que usted no era el príncipe Federico Valdinoso.

—¿Que no soy el príncipe?—exclamó él con asombro.

—Yo lo llamé por el primer nombre extranjero que se ocurrió, y usted, por razones que desconozco, aceptó el título sin vacilar. Es usted un canalla, al haber abusado de esta manera, y puede estar seguro que mi arrepentimiento será eterno al pensar que yo he ayudado a labrar la desdicha de esta jovencita. Si usted es un caballero, se marchará esta misma noche, sin tratar de ver nuevamente a Lady Alethea.

—Un momento—interrumpió el joven. Verdaderamente no comprendo. Porque no soy el príncipe, usted quiere separarme de Alethea, a quien adoro como si fuese una diosa. ¿Y si yo fuese, en realidad, el príncipe?

—¡Ojalá! Siquiera por la felicidad de esta desdichada joven....

—Su deseo se ha cumplido, querida señora, porque yo soy el príncipe Federico de Valdinoso. Puedo probarlo.

Y uniendo la acción a la palabra le alargó una carta dirigida al príncipe Federico de Valdinoso, hotel «Hartridge», Londres, así como una tarjeta en la cual aparecían primorosamente impresos su nombre y la dirección de su residencia en Felicita.

WILFRED SCOTT